

EL RURALISMO EN EL MARCO DE LA ESTRATEGIA CONSERVADORA

Raúl Jacob

"El socialismo que empieza a triunfar en los centros poblados, pretende entrar en la campaña, y el catolicismo para evitar el avance del socialismo constituye sindicatos agrícolas, constituyes cajas rurales."

(De la conferencia del Ing. Carlos Praderi en la Asociación Rural del Uruguay, 1914.)

A pesar de que la historia social de la agricultura uruguaya aún está por escribirse, el párrafo citado muestra la existencia de tempranos intentos por sindicalizar al campesinado uruguayo, encarados por portavoces de disímiles concepciones ideológicas. Ellos fructificarán en la posterior fundación de la Confederación de Sindicatos Agrícolas Cristianos del Uruguay y la Federación Agraria Nacional, con diferentes objetivos y estrategias.

Por otra parte, es conocido el papel desempeñado por algunos sectores organizados, como remolacheros, arroceros, tamberos, cañeros, etc. El objeto de nuestro análisis no se centra en ellos, sino en el "nuevo" Ruralismo de Bordaberry-Nardone. El mismo es visto como un cambio de estrategia de un proceso de reacción conservadora cuyos hitos más salientes fueron:

1915: Sectores vinculados al agro, alarmados por el cariz que tomaba el programa reformista del batllismo, deciden fundar la Federación Rural, con la finalidad de incidir activamente en la vida del país. Encontrarán el apoyo militante de



El micrófono su arma principal.

dos de los líderes políticos más relevantes: Luis Alberto de Herrera y Pedro Manini Ríos.

1929: La Federación Rural promueve la unión de las principales entidades empresariales en un organismo común, el Comité Nacional de Vigilancia Económica. Entre sus cometidos figuran: hacer un "alto" en la legislación social, oponerse a la creación de empresas estatales, promover una nueva Constitución.

1933: La Federación Rural y el Comité Nacional de Vigilancia Económica apoyan la dictadura de Terra.

1938: Domingo Bordaberry pide ayuda de Benito Nardone para luchar por la "democratización" de la Federación Rural.

Esta escueta cronología muestra la persistencia en el tiempo de la reacción conservadora a la propuesta de cambio reformista (intervencionismo estatal en la economía, industrialización protegida, leyes sociales, etc.) y su apoyo al proceso político terrista. La pregunta que cabe formularse es la razón por la que Bordaberry —primer secretario de la Federación Rural en 1915, director del diario terrista *El Pueblo*— se encuentra entre los propulsores de la idea de transformar la Federación Rural.

En parte la explicación se puede hallar en lo que significó 1938 en la historia uruguaya. Fue en ese año que se efectuaron las elecciones que pusieron fin a la presidencia de Terra e iniciaron el período de transición a la democracia. Su sucesor, a pesar de que era un hombre vinculado al proceso, efectuó al asumir declaraciones que permitieron avizorar síntomas de cambios. Por otra parte, una manifestación opositora pro nueva Constitución y leyes democráticas, que reunió aproximadamente 200.000 personas, "constituyó una etapa en el cambio de orientación

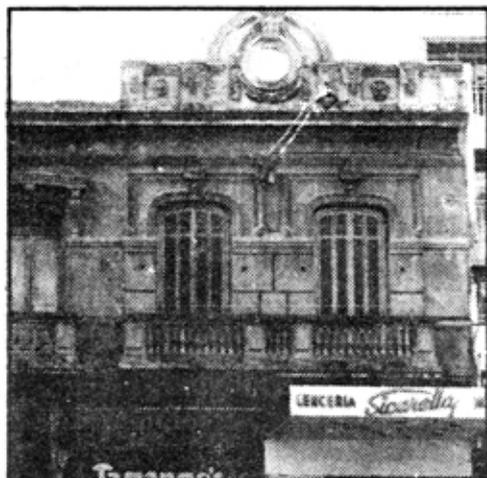
política que caracterizó al gobierno de Alfredo Baldomir (1938-1943)" (1).

Sin embargo, tan importante como el anuncio de la cercanía de un nuevo ciclo político es el balance de la experiencia del sector ganadero durante el lustro terrista (1933-1938). Había colaborado en la desestabilización institucional que culminó con el golpe del 31 de marzo de 1933. Muchos de los hombres vinculados activamente al Comité Nacional de Vigilancia Económica saltaron de sus puestos directivos a los sillones ministeriales o al gobierno de los entes autónomos. También los grupos políticos que los apuntalaban apoyaron al gobierno de Terra. Es así que fueron beneficiados con diversas medidas que buscaron reactivar el aparato productivo: disminución de intereses bancarios e impuestos, refinanciación de deudas, primas en metálico al ganado mejorado.

Sin embargo discreparon con el manejo de la moneda. El terrismo debió utilizar los tipos cambiarios para redistribuir la renta nacional, contemplando cíclicamente o simultáneamente a los ganaderos, pero también a exportadores, importadores e industriales. En diciembre de 1937 el gobierno de Terra cambió la política económica abandonando la política subvaluadora que había sido esencial "para la redistribución del ingreso en beneficio de los ganaderos y el capital extranjero (fri-



Nardone y sus aliados (Haedo y Demichelli), en un acto ruralista. Como telón de fondo un inmenso retrato de Artigas.



El antiguo local de la Radio Rural; en 18 de Julio casi Vázquez.

goríficos)" (2).

Los hechos posteriores no desmentirían la licitud de los temores. En 1941 el gobierno de Baldomir creó como instituto del Estado el Contralor de Exportaciones e Importaciones, acentuando el dirigismo económico que el país había adoptado —en plena crisis— años antes.

En 1942 Baldomir disolvió el Parlamento, en un nuevo golpe de Estado que "fue apoyado expresamente por el batllismo y tácitamente por el nacionalismo independiente" (3). Estos sectores, desplazados por el terrismo en 1933, volvieron al poder promoviendo una nueva Constitución.

El país recuperó su tradición política liberal y el gobierno siguiente (Juan J. Amézaga, 1943-1947) dio nuevo impulso a la seguridad social y a la legislación laboral (4). También concedió a Bordaberry una onda radial que sería utilizada con particular sabiduría por Nardone, que desde 1940 se desempeñaba como redactor responsable del *Diario Rural*.

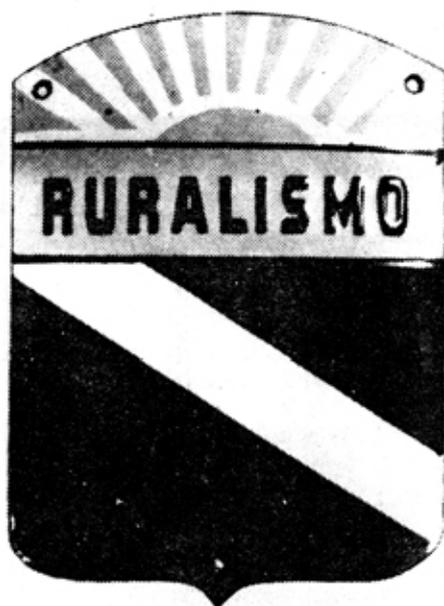
Hostilidad política y necesidad de recuperar las cotizaciones monetarias no eran los únicos problemas que preocupaban a la Federación Rural. En realidad, había otros para los que debía instrumentar una respuesta efectiva. Entre ellos:

1. La inserción del país en un nuevo orden internacional

En 1944, en Bretton Woods (Estados Unidos), se sentaron las pautas de un nuevo orden mundial mediante la creación del Fondo Monetario Internacional (FMI) y la adopción de un patrón monetario basado en: 1) la estabilidad de los tipos de cambios; 2) el establecimiento de un sistema multilateral de pagos; 3) la expansión del comercio internacional, y 4) el otorgamiento de préstamos a corto plazo para cubrir déficit en las balanzas de pagos.

En él, Estados Unidos y su moneda ocuparían en el transcurso del tiempo un rol hegemónico.

La Conferencia de Chapultepec, efectuada en Méjico poco antes de finalizar la guerra de 1945, fijó las pautas económicas por las que Estados Unidos pensaba



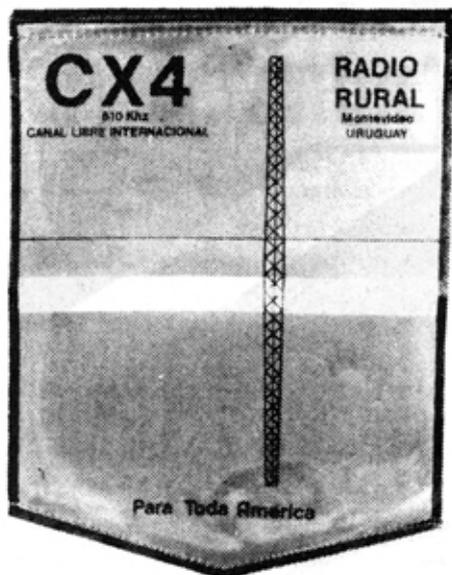
Símbolo ruralista: un escudo que se hizo familiar en los caminos de la campaña uruguaya.

intensificar sus relaciones con América latina: 1) facilidades para el libre tránsito e inversión de capitales; 2) reducción de las barreras que dificultaban el comercio internacional; 3) colaboración económica internacional que eliminara los excesos del nacionalismo económico y evitara la restricción exagerada de las importaciones; 4) apoyo al sistema de iniciativa privada en la producción (5).

Ambos eventos internacionales permitieron vislumbrar que se intentaría encarrilar al mundo de posguerra en una orientación económica opuesta a la que seguía Uruguay (dirigismo cambiario, apoyo a la industrialización sustitutiva, estatismo, control del comercio exterior, etcétera).

Los ganaderos temieron que al recuperarse los países europeos industrializados su competencia arruinara a la industria uruguaya, creando problemas sociales insolubles en su óptica. También se sintieron intranquilos por la posibilidad de que el mantenimiento de la política proteccionista generara represalias en los mercados de la producción exportable uruguaya. De

ahí que coincidieran en líneas generales con las medidas propuestas en Chapultepec, y luego con las aconsejadas por el Fondo Monetario Internacional.



Radio Rural: un eficaz instrumento para vencer la dispersión humana del poco poblado medio rural uruguayo.

2. La promoción por el Estado de nuevas iniciativas reformistas

El regreso de los sectores políticos desplazados por el terrismo señaló el inicio de un nuevo ciclo reformista y la promoción de importantes iniciativas sociales y económicas, algunas de ellas destinadas al agro.

Por lo pronto hacia 1945 se conocía un proyecto de reforma agraria impulsado por el Ministerio de Ganadería y Agricultura; otro apoyado por el batllismo por el que se crearía el "Banco e Instituto Nacional de Colonización" que entregaría tierras bajo el régimen de enfiteusis.

Pero además se intentaba extender al campo el régimen de "Consejos de Salarios" instaurado en 1943, con representantes de los empleadores, de los asalariados (lo cual estimularía su sindicalización), y del Estado.

Si bien esta nómina es restringida, permite por lo pronto aquilatar que en su momento constituyó un desafío a los sectores más conservadores de la sociedad uruguayo.

3. El inicio de una nueva etapa en el movimiento sindical

Los trabajadores uruguayos no pudieron enfrentar con un movimiento unido a la dictadura terrista. Las diferencias ideológicas, la desocupación, la carencia de una central común, la debilidad o la inexistencia de gremios en muchas actividades determinaron el fracaso de la mayoría de las huelgas.

En marzo de 1942 —coincidiendo con el viraje político del gobierno de Baldomir— se fundó la "Unión General de Trabajadores" de tendencia marxista, cuya asamblea constitutiva sugestivamente se realizó en un local estatal, el Teatro del SODRE.

La nueva entidad se propuso agrupar el mayor número de sindicatos y cambiar de estrategia gremial: alejar los movimientos espontáneos y el apoliticismo (6).

La posterior vigencia de la ley de "Consejos de Salarios" permitió afianzar y expandir la influencia sindical tanto en la capital como en el resto del país, en momentos en que el desarrollo industrial aumentaba la demanda de mano de obra.

4. La intensificación de los intentos marxistas de sindicalización en el medio rural

En la década del cuarenta se fundó la "Federación Agraria Nacional" que intentó agremiar a los asalariados del campo (peones, esquiladores, etc.). Ya en 1944 los trabajadores ocupados en el cultivo de la remolacha en Sarandí y San José se habían movilizado por salarios y mejoramiento de las condiciones de trabajo (7).

Sectores vinculados a la Federación Rural denunciaron la penosa situación de los marginados en los rancheríos y las carencias de todo tipo perceptibles en el medio rural. (Juan V. Chiarino y Miguel Saralegui, "Detrás de la ciudad", Montevideo, 1944).

La posibilidad de que los probables conflictos pudiesen ser canalizados por agitadores políticos asustó a muchos dirigentes rurales. Sin embargo el temor no era novedoso. Ya en 1930 Julio Martínez Lamas había advertido al país: "Cuidado con las reivindicaciones sociales, cuando prenden en los campos." (8).

Tampoco era nueva la existencia de dirigentes gremiales rurales con arraigada conciencia paternal-preventiva. Así José Irureta Goyena —uno de los "padres" de la Federación Rural— aconsejaba en 1920:

"Mi terapéutica se reduce a esta sola fórmula: 'Poned de vuestro lado a los peones, mejor dicho, conservadles de vuestro lado'."

El relativo aislamiento en que viven les impide contaminarse tan fácilmente como con los obreros, con la propaganda revolucionaria (...)

Es la propiedad la que se defiende, no el valor de la propiedad:

"Sois burgueses, aburguesad al trabajador: sois capitalistas, procurad que el peón llegue también a serlo en pequeña escala" (9).

Por otra parte los sectores medios rurales eran ya importantes de mucho antes. Barrán y Nahum, con datos del Censo de 1908, estiman que aproximadamente el cuarenta por ciento del total de predios tenían una extensión entre 101 y 2.500 hectáreas, ocupando entre el cincuentadós y el cincuentaicuatro por ciento de la superficie censada (10).

Es decir que la base sobre la que se asentaría el ruralismo (temor a los cataclismos sociales, mentalidad preventiva, capas medias rurales) estaba ya presente; sólo era necesario conectar los diversos elementos y darles forma.

A ello se dedicarían Benito Nardone y Domingo Bordaberry. Ambos tenían una rica experiencia detrás: Nardone había transitado por la Facultad de Derecho, por "El Día" y luego por "El Pueblo", había escrito en la revista teórica del batllismo, había sido —según propias declaraciones— atento testigo de la polémica que sostuvieron anarquistas y marxistas en la década del veinte por el control del movimiento sindical uru-



NARDONE:

¿Qué cuento les hago? ¡El del billete premiado! ¡Es el único que me falta!

(Tomada de la revista Visión)

guayo; Bordaberry, al igual que Irureta Goyena, era partidario de medidas reformistas tendientes a limar los antagonismos socioeconómicos del medio rural (fue promotor de la ley de jubilaciones rurales y autor de la de cooperativas agropecuarias sancionada en 1941).

La estrategia que instrumentarían se basaría en la fundación de asociaciones rurales, en la concientización y movilización de sus integrantes, en activar la participación de la masa rural. Para ello se tuvo en cuenta la experiencia obrera: "Mirad ruralistas y comprended lo que ha significado la acción de los gremios y sindicatos tranviarios, choferes, canillitas, etc. Se hace una protesta enérgica, airada, si se quiere, que no se detiene en simples palabras, sino que se hace efectiva con la amenaza o con la realidad de una huelga o de un paro general y, ¡¡vaya si sus aspiraciones son tenidas en cuenta!!...". (11).

Pero había un hecho que conspiraba: el aislamiento de la gente de campo, la

dispersión humana. La radio oficiaría de aglutinante al transmitir a gran parte del país el mensaje del ruralismo. Fue ella la que permitiría a Nardone informar y agitar la campaña hasta transformarlo en líder de un importante sector de la sociedad rural.

Al revés del gremialismo clasista urbano, que oponía los extremos, se incentivó un policlasismo conciliador: "Todo productor del campo —grande, mediano o chico—, sea propietario, arrendatario, mayordomo, capataz o peón, puede y debe integrar las agremiaciones ruralistas con iguales derechos y deberes, en defensa de la agropecuaria y de la felicidad de la campaña".

Para que las convicciones o militancia política no entorpecieran el desarrollo de las agremiaciones rurales, se subrayó que eran tarea de hombres de todos los partidos. Sin embargo, tempranamente



Una imagen que dió la vuelta al mundo.

se planteó la necesidad de ir a la formación de un tercer gran partido, el Ruralista: "Primero el gremio y después el partido". Era esta la última etapa de un esquema político que en primera instancia se declaraba independiente de cualquier partido, que luego apelaría a la unión de los sectores conservadores de

los dos partidos tradicionales, para intentar por último constituir un movimiento político específico.

Paralelamente a la fase organizativa se fue configurando un programa que permitiría enfrentar con relativo éxito las iniciativas parlamentarias que preocupaban a los hombres de la Federación Rural, ya fuera introduciendo modificaciones o neutralizando su esencia, o ambas cosas a la vez.

En agosto de 1946 Bordaberry sintetizó desde la Federación Rural los que serían postulados del movimiento ruralista: 1) Rechazo a toda intervención estatista en el trabajo agropecuario y respeto a la iniciativa privada; 2) Cese de nuevos impuestos al campo; 3) Que los productores sean los destinatarios del precio de los productos agropecuarios; 4) Reconocimiento de las agremiaciones rurales y participación de las mismas en asesoramiento a proyectos y legislaciones referentes al agro.

Era en síntesis todo un programa de acción que se complementaba con la definición y postulación de un modelo económico asentado en la oposición a la industrialización; devolución a la iniciativa privada de las empresas estatales; reconocimiento de lanas, cueros y carnes como base de las exportaciones; admisión del carácter subordinado de la agricultura (abastecimiento del mercado interno, producción forrajera).

Las coincidencias con algunos puntos de las políticas que sostendrían el F.M.I. y Estados Unidos eran claramente perceptibles, así como también las desavenencias con los objetivos perseguidos por algunos sectores políticos uruguayos. Estas últimas se ahondarían en 1947, al asumir la presidencia del país Luis Batlle Berres. En su primer discurso Batlle Berres plantearía el apoyo de su gobierno a: 1) la ganadería intensiva; 2) la subdivisión de la tierra; 3) el fomento de la industrialización; 4) la concesión de subsidios a algunos rubros productivos; 5) la promoción de la inmigración "selectiva" con la finalidad de poblar la campaña.

Pero la amenaza no sólo estaba latente en el poder estatal. También en la propia problemática nacional: "Lo que

no habíamos visto en la mocedad —decía el senador Eduardo Víctor Haedo— nos toca verlo ahora en la madurez: la lucha de clases en forma alarmante para la propia unidad nacional" (12).

Sin embargo en esta ocasión ni los conflictos sociales, ni el modelo intervencionista-industrialista que planteaba el neobatllismo encontrarían un ruralismo inerte y pasivo. Por el contrario, Nardone ya estaba accionando mediante su audición radial en campaña y no está demás subrayar que muchos de los símbolos que lo identificarían en el futuro ya habían sido adoptados en este período (pericón como cortina musical de su audición (1945), diseño de la bandera ruralista (1946)). Con un lenguaje similar al de la literatura gauchesca buscaría llegar al habitante del interior del país y erigirse en su representante, apelando a los más diversos resortes: desde el resentimiento que causaban las diferencias campo-ciudad a la autocompasión campesina, pasando por la crítica deliberada a los políticos y a los peligros de la contaminación ideológica de los partidos tradicionales. Aunque lo que en definitiva le permitiría llegar a las capas medias sería la campaña de denuncias que efectuaría sobre los secretos de la comercialización de los productos agropecuarios, y en particular, los de la lana. Las víctimas de la intermediación se sentirían reivindicadas y comprendidas.

Los éxitos más destacables del ruralismo en este período fueron lograr enraizar del proyecto de "Estatuto del Trabajador Rural" aprobado por el Senado en 1946, la implantación de los "Consejos de Salarios" y la obligación de que los patronos rurales alojaran por un tiempo a los asalariados despedidos. La batalla contra los proyectos de reforma agraria insumieron gran parte de la energía ruralista, así como también el intento de neutralizar el del "Instituto Nacional de Colonización", en el que se veía el "máximo intento estatista" que conduciría "a la progresiva confiscación de la propiedad privada". El proyecto finalmente sancionado fue nacional y al contemplar la conce-

sión de tierras en propiedad y en promesa de compra-venta —además de en arrendamiento— logró tranquilizar a los propietarios rurales.

Esta tarea de oposición militante no descuidó advertir sobre la necesidad de hallar urgentes soluciones a la problemática rural (jubilaciones, salud, educación, vivienda), y en particular, al problema de los arrendamientos. En tal sentido merece destacarse que mientras los sindicalistas intentaron agremiar a los asalariados rurales, la estrategia ruralista apuntó a resolver satisfactoriamente la antinomia propietarios-arrendatarios, llamando la atención sobre la necesidad de legislar y resolver este importante problema mediante el acceso a la propiedad mediante créditos otorgados a muy largo plazo (noventa años) y con bajos intereses. Era una forma de no eludir el problema real con soluciones que evitarían temidos conflictos (se denuncia a los "demagogos" que esperaban "poner frente a frente a los que tienen campos y a los que arriendan"). Por otra parte esta aprensión debe verse en función de su marco histórico, en momentos en que el mundo contemplaba la implantación de reformas agrarias de tipo soviético en Europa Oriental, y en que hasta el propio Secretario de Agricultura de Estados Unidos planteaba la necesidad de transformar a los arrendatarios en propietarios para impedir convertir a los campesinos en presas de los reclamos del comunismo.

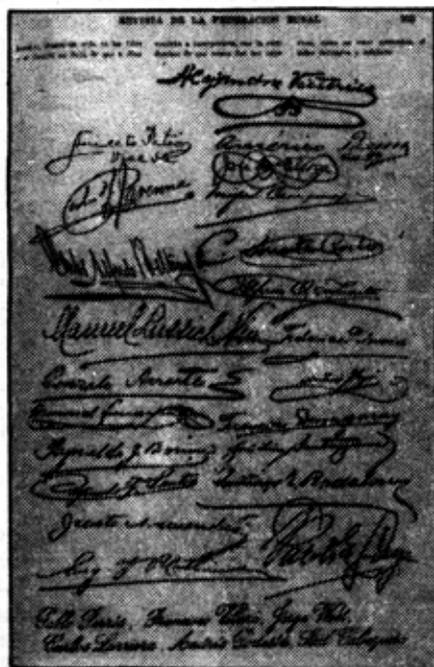
A medida que la prédica de Nardone afectaba diversos intereses también originaba conflictos: en 1947 Herrera criticó su estilo, en 1948 el desconforme fue Juan José Victorica. Pero esto sería sólo el inicio. Entre 1950 y 1951 "Chicotazo" lograría resonantes éxitos al aconsejar no vender la lana ante la posibilidad —inminente— que los conflictos de Corea terminaran en una guerra. Sus seguidores se vieron favorecidos con la valorización del textil.

Coincidentemente lanzaría la campaña por la "democratización" de la Federación Rural, lo que determinaría su alejamiento y la fundación del ruralismo como un movimiento gremial autónomo. Centró sus baterías sobre el grupo de dirigen-

tes de la Federación que tenían intereses en la intermediación de productos agropecuarios o en la banca. Los acusó de desinteresarse de los problemas de la campaña, de no fomentar las agremiaciones rurales.

En tal sentido propuso reformar los estatutos de la Federación y realizar elecciones por listas. Criticó a aquellos que se resistían a incluir a los peones en las agremiaciones rurales. Para ello no titubeó en utilizar un esquema de análisis clasista: dividió al medio rural en "botudos" (los que trabajaban) y "galerudos" (los que se apropiaban del trabajo ajeno). Esta concepción le valió que fuera motejado de "comunista" y acusado de llevar la lucha de clases a la Federación Rural. Sin embargo, a pesar de la incompreensión de muchos y de la miopía de otros, insistió en la urgencia de resolver los problemas del campo entre todos para evitar el surgimiento de sindicatos clasistas.

Y no desmintió que su prédica tenía un claro sentido preventivo:



1929: Los conservadores aunaron esfuerzos en el Comité Nacional de Vigilancia Económica. La revista de la Federación Rural eternizó sus rúbricas.

"El día que los distintos sectores sociales y económicos del campo se organicen por separado, pronto tendremos una lucha inconveniente y de consecuencias luctuosas, donde no quedará en pie ni el derecho del Trabajo ni el derecho de la Propiedad.

Los ciegos, los ofuscados, los empecinados se convencerán entonces de la imprudencia de ostentar galeras. . ."

El ruralismo propondría la alianza de todos (asalariados, arrendatarios, propietarios: grandes, medianos, pequeños) para intentar redistribuir la renta en favor del agro, lo que a pesar de que en principio beneficiaría a todos en la práctica favorecería más, a los que tenían más.

Las capas medias rurales —ya presentes en la realidad uruguaya— y comenzadas a concientizar de antes por "Chico-Tazo", serían organizadas y movilizadas como columna vertebral de este "despertar de la campaña".

Se intentaría desplazar al gremialismo rural burocrático-administrativo, manejado desde Montevideo por terratenientes, barraqueros, banqueros, doctores y políticos. En su lugar se recreó la afeja institución del "Cabildo" español, en la que los vecinos acostumbraban a plantear sus problemas a los funcionarios reales. Los "Cabildos" ruralistas representaron una forma peculiar de propuesta participativa, verdadero sustituto del club político urbano, en el que las autoridades del movimiento dialogaban con los productores, recogían sus problemas, explicitaban las soluciones y fomentaban la sociabilidad del vecindario.

Es así que el ruralismo trascendió de simple movimiento gremial para transformarse en político-gremial, fracasando en su intento de formar un partido independiente de ambas colectividades tradicionales, aliándose a los sectores blancos y colorados que habían adherido al golpe de Terra en 1933.

Dado el apoyo que obtuvo en el medio rural se hace ineludible resumir su propuesta a la sociedad uruguaya. Arbitrariamente la hemos dividido en tres campos:

1) Político:

En su proyecto de reforma consti-



Abrazo de Echegoyen, rictus de Nardone

tucional el ruralismo planteó la necesidad de retornar a un ejecutivo fuerte; de elegir las autoridades ejecutivas prescindiendo de la ley de lemas; de suprimir el Senado.

Apeló a la movilización popular para plebiscitar la reforma y utilizó los mecanismos electorales de la democracia liberal (a la que criticó en ocasiones).

2) Social:

Sostuvo la necesidad de lograr la conciliación social, pero no fue pro-obrero. Así apoyó las Medidas de Seguridad en 1952 "aunque más no sea como un toque de atención para que comprendan los obreros que sólo el trabajo normal, constante, nos puede dar la solución del inflacionismo que padecemos".

Consecuente con esto se opuso en ocasiones a los aumentos salariales por considerarlos causantes de la inflación (en otra llegó a sugerir lisa y llanamente la rebaja salarial).

Fue enemigo del procedimiento de la huelga y de las medidas de fuerza: "El trabajo y el capital no pueden librar una estéril lucha de clases. Uno y otro son partes de la economía del país y deben de armonizar esfuerzos para producir

riqueza y también para distribuirla con justicia. . .". Los problemas debían ser resueltos en "Mesas Redondas" con participación de todos los sectores, solución que se aproximaba al ideal corporativo.

Influido por la encíclica "Quadragesimo Anno" del Pío XI y a semejanza de lo que propugnaban los gobiernos democristianos de Alemania e Italia —y que también había sido sostenido por parte del batllismo en vida de Batlle— propuso la participación de los obreros en las ganancias de las empresas.

Uno de los ideólogos del movimiento Alberto Methol Ferré, reconoció la existencia de clases sociales, asignando a las capas medias el rol de motor de las transformaciones sociales: "Dada la estructura del país, la pequeña burguesía juega un rol decisivo. Los grandes movimientos nacionales de la periferia han sido encabezados por la pequeña burguesía, que ha tenido un papel protagónico". En su esquema el proletariado sería eficaz para "presionar a fondo para sostener e impulsar a las clases medias rurales en la difícil tarea de la reforma agraria" (13).

Ya en 1951 el ruralismo levantó la consigna de "tierra para quien la trabaja" identificándose con el artiguismo, y luego con la contemporánea experiencia de la revolución boliviana. En ambos ejemplos se resaltó el carácter propietario de dichas experiencias agrarias, en oposición a un sector del batllismo que era partidario de entregarlas en arrendamiento.

Se criticó al latifundio como el causante del empobrecimiento nacional y del éxodo rural y, con más constancia, a quienes adquirirían tierras como inversión, para arrendarlas. También recibió críticas el capital extranjero que desplazaba a los propietarios rurales nacionales.

Sin embargo no se puede afirmar que el ruralismo tuviera un plan coherente al respecto. Sus ideas eran confusas, destacándose como constante la obsesión propietarista pero sin que elaborara un plan completo de reforma agraria hasta 1958.

Se opuso en cambio a un proyecto del Ministerio de Ganadería y Agricultura que contó con el asesoramiento del

Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas (IICA) por el que se proponía la expropiación de más de dos millones de hectáreas a entregarse en enfiteusis por treinta años. El mismo fue considerado "digno de Lenin, Stalin y Malenkov".

3) Económico:

En lo económico la propuesta ruralista planteó la necesidad de retornar al liberalismo económico, de adoptar un modelo neoliberal de economía social como los que habían permitido a los democristianos construir los "milagros" de Alemania e Italia. Para ello había que eliminar los cambios diferenciales y pasar a un régimen de libertad cambiaria.

Criticó al sector financiero-especulativo, sosteniendo la necesidad de conceder créditos de fomento a la producción agropecuaria.

Fue partidario de eliminar el grueso de los impuestos al agro, de fomentar el cooperativismo, de nacionalizar la industria frigorífica y decretar el libre abasto a Montevideo, de crear "juntas" con todos los sectores para fijar los precios de los productos agropecuarios.

Atacó acerbamente a la industria protegida beneficiaria del sistema de cambios, así como la falta de un plan coherente de industrialización. Defendió la inversión de capitales extranjeros en la industria y su inserción en el mercado regional del Cono Sur, cuya factibilidad supeditó a la resolución del problema monetario (monedas a la par entre los países participantes).

Propuso transformar el sector estatal en mixto, mediante la coparticipación del capital privado.

Sus ideas frente al rol de la agricultura no eran claras. Al comienzo criticó el estímulo de la agricultura cerealera; luego defendió el modelo de las granjas ganaderas de Holanda y Dinamarca. Lo mismo aconteció con la ganadería, en que atacó la implantación de praderas artificiales o apoyó a la ganadería intensiva.

En lo esencial centró su lucha en lo que llamó la "batalla de la moneda", en un intento por eliminar las diferencias cambiarias, redistribuir la renta a favor de los productores rurales, comenzar la privatización de los entes estatales, dismi-

nuir el intervencionismo estatal, extranjerizar la industria nacional ampliando su mercado.

La pregunta que es válido formular es cuál sería la suerte —con este programa— de la agricultura protegida.

Por lo pronto en lo social parecería que ya antes de las elecciones de 1958 se habría cumplido con la meta propuesta. Afirmó en 1957 el dirigente Plinio Berrutti: "... aquí en nuestra patria, es justicia decidir, y los tiempos futuros lo probarán, fue Benito Nardone quien adelantó el proceso social y lo encauzó con directrices tomadas de la tradición artiguista; evitando así que este despertar de la campaña se hubiera realizado al calor de ideas comunistas o de cualquier otra tendencia de origen extranjero..."

Después de la muerte de Nardone (1964) el ruralismo sería desmovilizado.

Bibliografía

- 1) Roque Faraone, "El Uruguay en que vivimos (1900-1965)". Montevideo, Arca, 1965; p. 87.
- 2) Julio Millot, Carlos Silva, Lindor Silva. "El desarrollo industrial del Uruguay: de la crisis de 1929 a la posguerra", Montevideo, Universidad de la República, 1973; p. 111.
- 3) Faraone, op. cit., p. 93.
- 4) Faraone, op. cit., p. 102.
- 5) Germán D'Elia, "El Uruguay neo-batllista, 1946-1958", Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1982; pp. 69 a 73.
- 6) Francisco Pintos, "Historia del movimiento obrero del Uruguay", Montevideo, 1960, p. 284.
- 7) Ibidem, p. 296.
- 8) Julio Martínez Lamas, "Riqueza y pobreza del Uruguay", Montevideo, segunda edición, 1946; p. 240.
- 9) "Revista de la Federación Rural", No. 20, marzo de 1920; pp. 9 a 16.
- 10) José P. Barrán, Benjamín Nahum, "Historia rural del Uruguay moderno", Tomo VII - Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1977; p. 273.
- 11) Esta y las siguientes citas corresponden a artículos aparecidos en "Diario Rural" entre 1945 y 1958.
- 12) Cámara de Senadores - "Situación Político-Económico-Financiera del País", Montevideo, 1947; p. 31.
- 13) Alberto Methol Ferré. "¿A dónde va el Uruguay? Reflexiones a través del nuevo Ruralismo", Montevideo, 1958; pp. 33 y 38.